

UN FIN DE SEMANA EN LA MONTAÑA

El pasado verano, en colaboración con el Centro de Promoción Social, se organizó una pequeña marcha a Gredos que, por su interés, prometía un grato fin de semana a todos los que participábamos en ella. En un principio, muchos carecían del mínimo equipo necesario. Al que menos, le faltaban unas botas, un saco o una tienda de campaña en que pasar la noche. Todo se fue solucionando, y el sábado, un numeroso grupo, con los bártulos a la espalda, salía para Avila.



El Circo de Gredos se yergue altivo por encima de una larga cuerda que discurre en la parte meridional de la provincia de Avila.

Cuando nos asomamos a una curva de la carretera, cerca ya del Parador Nacional, sus cumbres claras y agudas contrastan con las redondas montañas del valle del Tormes. Después de dejar los suaves y escondidos valles que circundan el puerto de Menga, se pasa por el pequeño desfiladero de la Cueva del Maragato, y, más allá, extensos pinares suceden a campos de piornos y brezos todavía en flor. Hay que abandonar Hoyos del Espino a la derecha, y por una carretera que cruza el Tormes se llega a la plataforma que será punto de partida.

Dos horas largas separan a esta plataforma de la Laguna Grande de Gredos. Primero se toma un camino que lleva a un amplísimo prado, en el que la marcha se convierte en un agradable paseo entre flores y arroyos; después, una interminable loma encharcada por el deshielo indica el itinerario. Mientras cruzábamos el primer nevero, las nubes de Oriente jugaron los colores del crepúsculo hasta desvanecerse. A media luz, ayudados por el resplandor de la Luna, subimos lentamente. El camino era largo y el peso del macuto hacía jadeante la respiración.

Un pequeño descanso, un cigarrillo, y en seguida, entre piornos y piedras, seguimos el sendero que baja bordeando los Barrerones. Con noche ya cerrada, marchamos despacio, observando, de vez en cuando, cómo la niebla se enredaba entre las cumbres. Alcanzado el fondo del Circo, buscamos un sitio para acampar, cenamos y pronto nos entregamos a un bondadoso sueño.

Ya a las seis de la mañana se empezó a oír alguna voz; posiblemente, la falta de costumbre no habrá permitido pe-

gar ojo a unos cuantos. Cuando asomamos al domingo por entre las lonas de la tienda, el sol ya iluminaba la cima del Almanzor. Preparamos el desayuno sin pérdida de tiempo y, media hora más tarde, engullendo el último trago de té, comenzábamos una larga subida por la nieve. Todo volvió a quedar en silencio, y por la quietud que se observaba junto a la laguna, podíamos suponer el plácido sueño de nuestros compañeros. A pesar de haber dormido tan poco, vamos contentos, como saboreando esas primeras horas de la mañana; la nieve cruje bajo los pies con una cadencia sólo interrumpida para tomar reposo y contemplar los Hermanitos, el Ameal de Pablo o Risco Moreno. Las caprichosas formas del granito tienen, en estas crestas, un ejemplo de equilibrio y belleza. Subimos un empinado corredor que llama a la prudencia, nos encordamos y proseguimos hasta la Portilla. Cuando llegamos a la cima, pleno del dulce cansancio, recuerdo algo que leí: «Las cumbres adornadas de nieve emergen solas, como continentes eternos, de una marea que inunda la Tierra. ¡Ah, si conociesen este placer esos hombres que, oprimidos en las calles ciudadanas, entre polvo y humo, han perdido la noción del cielo! ¿Hay acaso en el mundo forma de dicha



más perfecta y más fácil de adquirir que la de caminar, vagando por las montañas? Ello no exige más que medios sencillos, facilitados por la propia Naturaleza: un corazón sano, unas piernas fuertes y un leve esfuerzo de voluntad. Tales dones los poseemos todos por igual».

A una hora en que allá en Madrid estaríamos envueltos entre blancas sábanas, nos encontrábamos en una cumbre, la más alta de Castilla, contemplando el trajinar de las nubes por debajo de nosotros. Después que tomamos alguna cosa, guardamos crampones y piolet en la mochila y, con las gomas de cuerda en la mano, nos dirigimos hacia el afilado cuchillar de Ballesteros, que resultó entretenido y placentero. Durante nuestro derrotero por la arista descubrimos a muchos compañeros por los alrededores, en la cumbre del Almanzor se dibujaban cuatro siluetas, en la Galana observamos a tres, y hacia el Gargantón y el Ameal se veía una larga caravana que encabezaba el sacerdote que oficiaría la Misa en los prados de la laguna.

Un rato más tarde, tras haber tomado un prolongado baño de sol junto al Venteadero, pudimos disfrutar como niños en la verbena. Nos sentábamos en la nieve, y tomando fuertemente el freno, que en este caso era el piolet, nos dejába-

mos deslizar pendiente abajo, apostando y dando vueltas por la nieve. Naturalmente, nos callamos hasta los huesos, así que lo uno por lo otro.

En tanto recogimos la tienda e hicimos el macuto, se preparó el altar sobre una piedra. Momentos después asistíamos a una Misa sencilla y familiar, que ponía fin a nuestra estancia en ese lugar tan bello que es el Circo de Gredos.

La montaña, con lo que ella encierra, es, seguramente, el más hermoso rincón de la Naturaleza. Su diversidad, su belleza plástica, su ambiente agreste y también su dureza, atraen al montañero por muy diversas razones. Para unos, es la evasión del estrecho círculo de la vida cotidiana, la afirmación de la libertad espiritual en la aventura. Puede ser también el placer de sentirse fuerte y preparado o bien la búsqueda de emociones artísticas intensas. De todas formas, la montaña es siempre un sedante, una forma de convivencia con los elementos, un sentido del compañerismo, un amor hacia cosas que, una vez se han gustado, no pueden reemplazarse por nada; por esto hacemos una invitación general. Queremos divulgar una actividad noble y hermosa y, para ello, contamos con todos.

ALBERTO DE LA MADRID
(Banco Popular Español.
Madrid)